

## APRENDIENDO A CRISTO II

### Parte 45

*“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.” - (Efesios 4:20-21)*

Hablábamos en la lección anterior de la manera en que aprendemos a Cristo. Hicimos la distinción entre dos ideas muy diferentes acerca de aprender a Cristo. Por un lado, hay un tipo de aprender en el que experimentamos a Dios en un sentido externo, y con esto me refiero, a ver Su creación, leer Sus palabras, ser testigos de Sus milagros y experimentar el poder de Su presencia. Incluso los sueños y visiones son parte de esta categoría. Todo esto yo lo pondría en la categoría llamada “experiencia externa” de Dios. Es externa debido a que no es una experiencia de la vida que habita en nuestra alma, sino un encuentro con Dios a través de la creación.

La alternativa a esto, y que creo es la única manera verdadera de aprender a Cristo en la forma como lo describe Pablo es, aprenderlo a Él como la vida de nuestra alma. Aprenderlo, ser enseñados EN ÉL y conocerlo como la única vida que tenemos. Desafortunadamente, este tipo de aprendizaje no es tan común como el otro, es decir, no es enseñado, explicado o considerado tan a menudo como el anterior.

Nosotros debemos entender algo acerca de aprender. Dios nos ha dado cinco sentidos para aprender el mundo natural. Nos vamos familiarizando con estos sentidos desde pequeños. Aquellos que han tenido bebés han tenido el placer de verlos descubrir su vista, descubrir las diferentes texturas por primera vez conforme sienten las cosas con sus dedos. ¡Es lindísimo verlo! Los bebés tienen sentidos que aún no entienden. Se familiarizarán con ellos al usarlos, al ejercitarlos aprenderán a discernir el ámbito natural.

Bueno, Dios le ha dado al cuerpo natural cinco maneras de discernir la realidad natural: Vista, oído, tacto, gusto y olfato. Todas son usadas para descubrir, funcionar, vivir y conocer el mundo natural en el que nos encontramos tras nacer. Cuando nacemos nos hallamos en una creación que es desconocida para nosotros, pero Dios le dio a nuestros cuerpos la habilidad de percibir y aprender la creación para que podamos vivir en ella. ¿Ve adónde quiero llegar con esto? Cada uno de estos sentidos nos fue dado por Dios a fin de que conociéramos y viviéramos en el lugar donde hemos nacido.

El problema es que como cristianos fallamos en entender que los sentidos naturales, porque son naturales, tienen limitaciones. ¿Qué quiero decir con esto? Que no importa cuál sentido sea, siempre veremos, oiremos o tocaremos algo externo a nosotros. Observamos y experimentamos algo que está fuera de nosotros. No es usted, no soy yo, no es parte de

nosotros. De hecho, no solo es externo a nosotros, sino que también después debemos percibirlo con nuestros sentidos. Así, pues, tenemos dos pasos antes de que podamos interiorizarlo y aprenderlo realmente. Primero *percibimos*, luego tenemos que *entender* qué es lo que estamos viendo, y luego tenemos que hacer una *aplicación* personal. Por ejemplo, cuando vemos fuego nuestros sentidos dicen que es hermoso, brillante, caliente y huele acogedor, pero cuando lo tocamos entendemos algo más acerca de él, y luego hacemos la aplicación de que no debe ser tocado.

Sólo estoy tratando de establecer un punto aquí. Cuando aprendemos cosas naturales, en primer lugar aprendemos algo que está fuera de nosotros, y en segundo lugar, algo que nos deja a nosotros suministrarle comprensión y darle aplicación. En términos generales, esta es la manera en que cada ser humano asume que también llegamos a conocer a Dios. Estamos tan familiarizados con esta manera de aprender que sin darnos cuenta la aplicamos a nuestra relación con Dios.

¿A qué me refiero? A que cuando nosotros vemos una de Sus obras y dicha obra es externa a nosotros (sin importar qué sea, podría ser un milagro o podría ser un enorme cañón, pero sería ver algo que Dios ha hecho fuera de nuestro ser), ahí estamos, con la necesidad de tratar de interiorizar nuestra experiencia de Dios mediante el suministro de entendimiento a lo que hemos visto y aplicación. Así, por ejemplo, después de ver a un amigo nuestro sanado nos decimos: “Ohhh, he visto el poder de Dios. Esto significa que Dios ama a las personas. Por lo tanto, Dios debe amarme”.

¿Puede ver lo que acabamos de hacer? Ahora bien, no estoy diciendo que en este caso en particular la conclusión sea falsa. Es, definitivamente cierto, que Dios ama a las personas, pero, en realidad, no hemos aprendido nada acerca del amor de Dios. Pensamos que sí, pero es sólo *nuestra* observación natural, *nuestro* entendimiento y *nuestra* aplicación. Por esta misma razón, cuando vemos a Dios hacer algo diferente la siguiente vez, lo que hemos aprendido acerca de Él puede que se sacuda un poquito. La circunstancia puede hacernos sentir diferente con respecto a Su amor. Por ejemplo, si en la siguiente ocasión es usted el que necesita ser sanado, o alguno de sus hijos, y Dios no lo sana, entonces otra vez trata de entender y aplicar lo que ha visto. Esta vez, su conclusión y aplicación lo dejan con el sentimiento de que no es amado.

Digo todo esto con el simple propósito de hacer una comparación. Aprender a Cristo no es algo que sucede a través de este tipo de experiencias. No es como aprender o conocer algo más. Conocer a Cristo no es como conocer a su mejor amigo, es un diferente tipo de aprender, un diferente tipo de conocer. No podemos conocerlo a Él al mirar algo que hizo o al leer algo que dijo. Ambas cosas, milagros y palabras verdaderas, definitivamente, apuntan hacia Él, pero conocerlo es algo diferente. Conocer a Cristo requiere de algo llamado fe.

La fe es para la realidad espiritual en Cristo lo que los sentidos son para las realidades naturales del mundo. Si tomáramos la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato y los sumáramos, tendríamos la contraparte natural del magnífico sentido espiritual llamado fe. La fe es el cumplimiento de todos los sentidos naturales combinados. Y déjeme añadir una vez más, que la fe no es creencia. La fe es la manera como el alma percibe la realidad espiritual y ella accesa y experimenta dicha realidad. La fe es ver al Invisible, oír al que habla desde el cielo, gustar la bondad de Dios, verdaderamente tocar a Dios. La fe es el sentido espiritual hacia el cual todos los sentidos naturales apuntan.

Le estoy tratando de mostrar que aunque Dios nos ha dado esta increíble habilidad de percibir la realidad espiritual a través de la fe, la mayoría de nosotros seguimos tratando de acercarnos a Dios a través de los sentidos naturales. Por tanto, acabamos leyendo Sus palabras con nuestros ojos naturales, tratando de oír Su voz con nuestros oídos naturales, queriendo sentir Su toque en nuestra piel natural, esperando que alivie nuestros dolores naturales, deseando gustar Su bondad en el ámbito natural, y más que nada, queriendo entenderlo con la mente natural. Pensamos que estamos aprendiendo a Cristo así. Pensamos que si lo experimentamos con todos los sentidos naturales estamos conociendo al Señor.

¿Es que estoy diciendo que no podemos experimentar a Dios a través de los cinco sentidos naturales? ¡Por supuesto que no! Definitivamente, Dios puede ser *experimentado* en y a través de los sentidos naturales, pero no importa cuán impresionante e impactante sea el encuentro, el impacto es SOBRE usted y no puede transformar su alma o enseñarle la verdad.

Pedro experimentó esto un día con Jesús. Él había visto milagros, había visto sanidades, había visto a Jesús transfigurarse frente a sus propios ojos, pero cuando empezó a percibir y a comprender algo de la realidad espiritual, Jesús rápidamente le dijo que le había sido revelado por el Padre, le había sido dado según la realidad de la fe.

Hay un universo de vida y realidad espiritual llamado Cristo. Todas las cosas espirituales son conocidas y experimentadas conforme son halladas en Él. Todas las cosas que Dios le ha dado al hombre son halladas en Él, por medio de Él y como Él. En Él y como Él están las realidades de la redención, verdad, amor, propósito...separadas del ámbito natural por la cruz de Jesucristo. Dicha realidad, dicho universo, dicha vida es accesada y aprendida por medio de la fe, y no por los sentidos naturales que nos fueron dados para operar y vivir en la tierra.

**Romanos 5:1-2**, *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también **tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes**, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”*.

A diferencia de los sentidos naturales, la fe no ve algo que está fuera de nosotros. Más que eso, no nos deja descifrar el entendimiento ni hacer una aplicación. No, así es como aprendemos las cosas naturales, con los muy débiles sentidos de la carne. La fe se completa con estas tres cosas. Todo es parte de un paquete:

- Primero, la fe ve algo que no está fuera de nosotros, ve algo que, en realidad, es la vida misma dentro de nosotros.
- Segundo, la verdadera fe viene con entendimiento. Es decir, el ver de la fe *es* el entendimiento del Señor, no están separados. Ni usted ni yo venimos con nuestro propio entendimiento, llegamos a participar en el de Él a través de la fe.
- Tercero, la aplicación es hecha a nosotros y no por nosotros. Lo que la fe ve se aplica a sí mismo en nuestra alma, porque ella nos conecta con lo que es real, con lo que Dios ha hecho. Ella accesa la realidad y, por tal razón, lo cambia todo.

Así, pues, la fe es, por mucho y de muchas maneras, el sentido más grande. El don de la fe es ver a Dios cara a cara como los santos del Antiguo Pacto nunca pudieron hacerlo. Moisés anheló contemplar la gloria del Señor, pero sólo se le permitió ver Su espalda. Sin embargo, Pablo nos dice que cuando la luz de Cristo brilla en nuestros corazones hemos visto la cara de Jesucristo. Mediante la fe verdaderamente vemos a Dios.

Muy a menudo los cristianos creen que la fe es creer en Dios y que algún día la vista lo verá, pero eso no es cierto. Es por medio de la fe que vemos a Dios, la vista no puede captarlo, asirlo o poseerlo. No puede y nunca podrá. La fe es una vista mucho más grande, una mayor comprensión y experiencia. De hecho, la vista es la sombra oscura de la fe. El problema es que nuestra experiencia de fe es tan pequeña que suponemos que la fe es la sombra de la vista. Queremos que la vista tome el lugar de la fe, cuando en realidad la fe ve mucho más claramente que la vista.

Además del verdadero ver, la fe es el verdadero oír al Señor. Pablo dice en el versículo 21: *“...si en verdad le habéis oído, y habéis sido ~~por~~ EN él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús”*. ¿Puede ver que Pablo está describiendo el oír de la fe, el enseñar de la fe, la luz espiritual que irrumpe en el alma humana?

No sé si alguna vez ha oído hablar de Jonathan Edwards. Él fue un famoso puritano, predicador, teólogo y filósofo de los años 70. Fue un hombre brillante y usó su intelecto para escribir suficientes libros como para llenar una habitación. Él es, sin lugar a dudas, una de las mentes más grandes que jamás hayan existido, y llegó a estar consciente de un tipo de aprender mucho más grande y diferente. Una vez escribió la descripción de esta realidad, el artículo fue titulado: “Una luz divina y sobrenatural impartida inmediatamente al alma por el Espíritu de Dios”.

Jonathan Edwards escribe:

*Hay una luz espiritual y divina inmediatamente impartida al alma por Dios, diferente en naturaleza a cualquier otra obtenida por medios naturales. Esta luz espiritual y divina no consiste en una impresión hecha en la imaginación. No es una impresión en la mente como si uno viera algo con los ojos corporales. No es la imaginación o la idea de una luz o gloria externa, cualquier otra forma o apariencia de belleza, un brillo visible o el resplandor de algún objeto. [Esta luz espiritual y divina] se puede describir como: La verdadera noción de la excelencia divina de las cosas reveladas en la palabra de Dios, y una convicción de la verdad y de la realidad [de esas cosas reveladas] que surge de la visión de la excelencia y la gloria divina de ellas. De modo que, esta convicción de su verdad es un efecto y una consecuencia natural de la visión de la divina gloria de ellas.*

Él continúa diciendo:

*Es racional suponer que está más allá del poder del hombre obtener este conocimiento y esta luz mediante la mera fuerza de la razón natural, puesto que ver la belleza y hermosura de las cosas espirituales es algo que no pertenece a la razón. No es algo especulativo depende del sentido del corazón. La percepción de la excelencia y hermosura espiritual no pertenece más a la razón, que lo que le pertenece al sentido del tacto percibir un color, o al poder de la vista percibir la dulzura de los alimentos. Está fuera de la arena de la razón percibir la belleza o hermosura de cualquier cosa; tal percepción no pertenece a esa facultad.*

Lo que Jonathan Edwards describe aquí es la realidad de la verdadera fe. Aprender a Cristo como Dios, otorga una consciencia y percepción espiritual que es mayor que la combinación de todos los sentidos naturales. Y, aunque tal vez yo esté machacando este punto mucho...es esencial entender que ESTE es el aprender a Cristo que Pablo describe en esta sección de Efesios. Aunque Dios puede ser experimentado en la carne, no puede ser alcanzado o aprendido mediante ninguna facultad natural, o a través de la mente natural. Dios sólo puede ser alcanzado por la fe, aprendido por la fe, accesado por la fe. La percepción de la fe es entrenada y ensanchada conforme Dios revela a Su Hijo en nosotros.

Hebreos 5:12-14 dice, “*Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*”.

Discernir el bien y el mal es este pasaje no significa aprender la diferencia entre feo y bonito. Es la perspectiva de Dios del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas, Cristo y Adán, la verdad y la mentira. Es la misma que Adán pensó que podía conocer en el jardín cuando creyó la mentira de Satanás.

Para que nosotros podamos discernir el bien y el mal, para que podamos conocer al Señor tenemos que crecer en fe, la facultad pura y real mediante la cual conocemos al Señor. De hecho, esta facultad ni siquiera es nuestra. Es decir, la usamos para ver al Señor, la usamos para oír la Palabra, pero a fin de cuentas, la fe es, en realidad, la participación de la perspectiva que Dios tiene de Sí mismo. Si esto suena confuso solo afine sus oídos por un minuto.

A decir verdad, la fe es todo lo que acabamos de decir que es, **PRECISAMENTE**, porque es la percepción de Dios, el entendimiento de Dios, el discernimiento de Dios obrando en nosotros por medio de Su Espíritu. Usted puede llamarla “nuestra fe” porque está obrando en nosotros, definitivamente, pero usted y yo también tenemos que comprender que, de hecho, es “la fe del Hijo de Dios” concedida a nosotros. La verdadera fe “se completa” con entendimiento y aplicación, porque es nada menos que la perspectiva de Dios, el entendimiento de Dios siendo escrito en nuestros corazones.

Déjeme tratar de resumir lo que estoy diciendo. La fe es la perspectiva espiritual que obra en nosotros para llevarnos a la verdadera percepción, comprensión y conocimiento de Dios. Eso fue lo primero que dije. Es un discernimiento que se extiende más allá de cualquier discernimiento natural. La mirada que está por encima de la combinación de todos los sentidos naturales usados al máximo. Lo primero que estoy tratando de mostrarle es, que la fe es algo totalmente diferente a cualquier cosa que surja del hombre natural. Lo segundo que estoy tratando de decirle es, que esto es verdad porque la fe es la participación de la visión que tiene Dios, en la perspectiva que Él ve, en la Palabra que Él conoce, en el entendimiento que Él tiene. Es como si Dios nos dejara entrar en Su perspectiva al introducirnos en “Su círculo íntimo”, por decirlo así. Hace mucho tiempo el salmista dijo: “En TU luz veo la Luz”.

Esto está muy bien dicho en Corintios:

**1 Corintios 2:9-12**, *“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”.*

Consideremos esta parte: “...porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” Es decir, yo no conozco sus cosas, porque yo no soy el espíritu que está dentro de usted. Usted no conoce mis cosas, porque usted no es mi espíritu. Sólo usted se conoce a sí mismo y yo a mí. La gente dice todo el tiempo cosas como: “¿Cómo puede decirme usted por qué hice eso, si usted no me conoce! ¡Usted no sabe lo que está sucediendo en mi corazón!” Eso es precisamente lo que Pablo está diciendo; sólo el espíritu del hombre conoce a dicho hombre y nada externo a él puede hacerlo.

Luego señala el paralelismo con Dios: “Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Él dice que es lo mismo con Dios. Nadie externo a Dios puede conocerlo realmente, sólo el Espíritu de Dios conoce a Dios, conoce las cosas escondidas en Su corazón. Si Pablo se hubiera detenido aquí, estaríamos tentados a rendirnos y decir: “Bueno, entonces supongo que no podemos conocer a Dios”. Pero Pablo continúa.

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios...” Nosotros hemos recibido el Espíritu que conoce las entrañas, lo profundo de Dios. Dios ha hecho lo que el hombre no puede hacer por otro, nos ha invitado a “su círculo íntimo”. Él ha hecho que participemos del conocimiento de Sí mismo. Nos ha introducido en Su Espíritu, y por lo tanto, nos ha hecho partícipes de Su entendimiento, comprensión, perspectiva, vista, oído, experiencia de Sí mismo. ¿Ve lo que está diciendo Pablo?

Veamos la última parte, hemos recibido el Espíritu que proviene de Dios “...para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”. ¡Esto es fantástico! Dios nos ha dado a Cristo como nuestra vida. Esto es obviamente increíble en y por sí mismo, pero como si fuera poco, también nos permitió participar de y experimentar el conocimiento de Sí mismo. Nos ha introducido en Su luz. ¿Cómo es llamada esta Luz? FE. Es un ver puro y maravilloso. ¡¡Por supuesto que sí!! Es el ver de Dios siendo compartido con nosotros. En Su Luz vemos la luz. En Su entendimiento tenemos entendimiento. En Su Palabra conocemos Su verdad. Hemos sido injertados en Su Vida y también en Su Luz. Esta luz ve con perfecta consciencia y pura comprensión. Esta es la luz que Pablo dice que brilla en nuestros corazones para darnos la Luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Esto es lo que significa mirar en el rostro del Señor, y así es como los que estamos en Cristo lo aprendemos.

Consideremos una vez más las palabras de Pablo: “Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido ~~por~~ en él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús”.